

GRAN FELICIDAD (cuento del libro “Planos Paralelos”, de Ursula K. LeGuin)

Hace poco me enteré de que hay un plano cuyo acceso es restringido. Fue una verdadera conmoción. Había dado por sentado que, una vez se domina el método Sita Dulip, se podía ir de cualquier aeropuerto a cualquier plano, y que las opciones eran prácticamente infinitas. Las frecuentes actualizaciones de la *Enciclopedia Planaria* son una prueba de que el número de planos conocidos aumenta sin cesar. Y yo pensaba que todos ellos eran accesibles (bajo las condiciones adecuadas) desde todos los demás, hasta que mi prima Sulie me habló de El Plano FestivoTM[\[4\]](#).

A este plano sólo se puede acceder desde determinados aeropuertos, todos ellos estadounidenses, y la mayoría de Texas. En Dallas y Houston hay salas de espera específicas para el Club del Plano Festivo, destinadas a grupos de turistas que se dirigen a tan especial destino. Cómo lo hacen en esas salas para superar el necesario estrés y la indigestión es algo que no me interesa saber.

No es que tenga unas ganas locas de visitar ese plano, pero mi prima Sulie lleva varios años seguidos yendo. Iba camino de allí cuando me habló de él, y atendiendo mi petición, tuvo la amabilidad de traerme del mismo una pesada bolsa llena de folletos, boletines y artículos promocionales, a partir de los cuales he compilado la descripción que sigue. Tienen una página en Internet, pero al parecer la dirección cambia con frecuencia sin previo aviso.

Cualquier intento de trazar la historia del lugar no pasaría de meras conjeturas. Si nos guiamos por las fechas de los folletos, no tiene más de diez años. Imagino las circunstancias de su origen: un grupo de hombres de negocios sufren el retraso de su avión en un aeropuerto de Texas y entablan conversación en ese tipo de bares a los que pueden ir las personas que viajan en primera clase o en *business*, pero no las demás. Uno de los hombres de negocios les propone probar el método Sita Dulip. Ya sea por inexperiencia o por fanfarronería, en lugar de llegar a uno de los populares planos para turistas, se ven en uno que ni siquiera aparece en la *Guía práctica Planar* de Rornan. Y se lo encuentran, desde su punto de vista, virgen: inexplorado, subdesarrollado, un plano tercermundista que parecía estar ahí esperando la magia del hombre emprendedor, el toque mágico de la explotación.

Imagino que la población nativa debía de estar diseminada por una multitud de pequeñas islas y que eran muy pobres, o fatalmente hospitalarios, o ambas cosas. Evidentemente estaban preparados y dispuestos, merced a la inocente esperanza de

ganancia o al gusto por las novedades, a adoptar una nueva forma de vida. Sea como fuera, preparados o no, aprendieron a hacer lo que les dijeron que hicieran y a comportarse del modo en que les enseñó a hacerlo la Corporación Gran Felicidad.



Gran Felicidad, suena vagamente a cosa china, pero toda la literatura promocional que me trajo mi prima Sulie estaba editada en Estados Unidos. La Corporación Gran Felicidad es propietaria de la marca registrada del nombre del plano y es la encargada de las relaciones públicas. Al margen de esto, no sé nada más de Gran Felicidad. Tampoco he tratado de hacer averiguaciones. No serviría para nada. No hay información disponible sobre las empresas, tan sólo desinformación. Incluso después de que entren en bancarrota, y revienten dejando tras de sí un cráter abierto que apesta a accionistas quemados, y sean rodeadas por una barrera impenetrable formada por miembros del Congreso y otros funcionarios del gobierno cogidos de la mano y por una cinta amarilla de «Propiedad privada, No pasar, Prohibida la entrada, la caza, la pesca, o las auditorías»... aun entonces no hay ni un atisbo de verdad en ellas.

Hasta donde pueda confiarse en las publicaciones promocionales, el mundo de Gran Felicidad está constituido en su mayor parte por un cálido océano de aguas poco profundas salpicado de pequeñas islas. Parecen más llanas que las islas volcánicas de nuestro océano Pacífico, más parecidas a grandes bancos de arena. Se asegura que el clima es cálido y agradable. Debe de haber, o debió de haber, plantas y animales

autóctonos, pero no se dice nada de ellos en los prospectos. Los únicos árboles que aparecen en las fotografías son abetos y cocoteros plantados en grandes macetas. No se dice tampoco nada sobre los habitantes, a no ser que se cuenten referencias del tipo: «los amistosos y pintorescos nativos».

La mayor de las islas, o en cualquier caso la isla a la que se le dedica el folleto promocional más elaborado, es Isla Navidad.

Ésa es la isla a la que va mi prima Sulie siempre que se le presenta la ocasión. Puesto que ella vive en la rural Carolina del Sur y tiene una hija en San Diego y un hijo en Minneapolis, la ocasión se le presenta bastante a menudo, con tal de que no se olvide de cambiar de avión en los lugares adecuados: los principales aeropuertos de Texas, de Denver, y de Salt Lake City. Su hijo y su hija esperan su visita durante el mes de agosto, que es cuando a ella le gusta hacer las compras de Navidad, y quizá de nuevo a principios de diciembre, que es cuando le entra el pánico por las posibles cosas que se le hubieran olvidado en agosto.

—¡Sólo de pensar en Isla Navidad recupero mi espíritu navideño! —dice—. ¡Oh, es un lugar que inspira felicidad! Y las cosas están tan baratas como en Wal-Mart, pero con una selección mucho mejor.

Por soleado y benigno que se anuncie el clima, todos los escaparates de las tiendas y almacenes de Ciudad Navidad, Yuleville, y Oh, Little Town están ribeteados de escarcha, los alféizares acumulan nieves perpetuas y los marcos están adornados con ramas de abeto y acebo. Las campanas repican sin cesar desde decenas de campanarios. Mi prima Sulie dice que no hay iglesias bajo los campanarios, sino tan sólo puntos de venta al por menor, pero los campanarios son muy pintorescos. Todos los puntos de venta y las calles atestadas de gente se llenan del sonido de los villancicos que, como ráfagas de viento, soplan interminablemente sobre las cabezas de los compradores y los nativos de Navidad. Los nativos que aparecen en las fotografías van vestidos con un atuendo más o menos victoriano, los hombres con frac y sombrero de copa, las mujeres con miriñaque. Los niños juegan con aros, las niñas con muñecas de trapo. Los nativos llenan las calles, alegres y apresurados, asegurándose de que todas las plazas y edificios estén siempre bulliciosos. Acompañan a los visitantes conduciéndolos en coches de caballos y carretas, venden ramilletes de muérdago, y barren las calles. La prima Sulie dice que siempre que se dirigen a ti son muy amables. Le pregunté qué cosas solían decirle. Me contestó que «¡Feliz Navidad!», o «¡Que tenga una velada agradable!», o «*Gahbressa sebberwun!*». No estaba segura del significado de esta última frase, pero cuando la repitió tal como la había oído, creo que la identifiqué.

En Isla Navidad es Nochebuena todo el año, y todas las tiendas y establecimientos de Ciudad Navidad y Yuleville, doscientos veinte según los folletos, están abiertos las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, los trescientos sesenta y cinco días del año.

—Pero esas pequeñas y vulgares tiendas que amontonan artículos de Navidad todo el año como las que tenemos aquí —dice Sulie— allí no existen. En serio. ¡Pero si en Ciudad Navidad hay una tienda en la que sólo venden bolsas! ¿Sabes a qué me refiero, bolsitas de esas tan monas de papel? Y de aluminio, y de celofán. Son ideales

para los regalitos que se te ha olvidado envolver, o que tienen forma rara. No tienes más que meterlos en la bolsita, con cintas de papel asomando, de esas rizadas que parecen como de espuma, y queda una monada; y sirven de un año para otro también, si las guardas con cuidado.

Cuando ha hecho sus compras y ha visitado el Rincón de los Ángeles, una especie de capilla-salón de té en el mismo albergue del Pequeño Tamborilero en que se hospeda —el albergue Adeste Fideles es muy bonito pero un poco carito, según ella—, Sulie se obsequia a sí misma con un viajecito a Oh, Little Town. Dice que Oh, Little Town es «su lugar favorito del mundo».

Si tiene tiempo, va hasta allí en trineo tirado por un caballo, por la Milla del Árbol de Navidad, una carretera bordeada de abetos adornados, plantados en grandes maceteros y permanentemente cubiertos de nieve artificial, pues la natural no está disponible. La prima Sulie no concreta mucho cómo es el paisaje, aparte de los abetos.

—Oh, pues es muy arenoso, como un paisaje de pinares, supongo —dice—, sólo que sin pinos. Pero ¡tendrías que oír cómo repican las campanas! ¡Como cascabeles!

Si va con el tiempo justo, de Ciudad Navidad a Oh, Little Town viaja en el Christmas Express, un tranvía a reacción. En Oh, Little Town hay que caminar, o si uno no puede o no le apetece, puede coger uno de los Trenes de Santa Claus, abiertos por los lados y movidos por gnomos, que recorren de forma constante todos los puntos de interés.

—Es imposible perderse —dice mi prima Sulie—, y, ¿sabes una cosa?, la seguridad está garantizada. Piensa si no la diferencia con lo feas que están las cosas en Tierra Santa. Sentirse segura es lo principal.

Además de campanarios, en Oh, Little Town hay también iglesias, que son réplicas de lugares famosos de Jerusalén, Roma, Guadalupe, Atlanta, y Salt Lake City. Los lugareños, ataviados con lo que mi prima llama «ropa como de la Biblia», montan tenderetes en un bullicioso mercado, donde venden cañas de menta y cintas de caramelo, juguetes, artículos de artesanía, y recuerdos; los niños juegan y se revuelcan en los patios de las pequeñas casas de campo; de vez en cuando aparece un pastor conduciendo un pequeño rebaño de ovejas calle abajo. En las afueras del pueblo está lo que la publicidad describe con emotivo y reverente lenguaje como el punto álgido de toda visita: el Pesebre.

A la prima Sulie se le llenan los ojos de lágrimas cuando habla del mismo.

—Parece que estés en otra parte, porque te metes como en una especie de tienda muy grande. Como si fuera un circo, ¿entiendes? Pero más parecido a... ¿cómo se dice? ¿Un planetario? Sí, un planetario. Con el cielo negro como si fuera de noche, y todo lleno de estrellas. Aunque fuera haga sol. Dentro es de noche y hay estrellas. Y está la Estrella, la Estrella de Navidad, que brilla sobre el pequeño y humilde pesebre. Oh, casi da vergüenza pensar en nuestro escenario con césped del Primer Baptista. Te lo aseguro: es una preciosidad. ¿Y los animales? Nada de una ovejita aquí y otra allá: rebaños enteros de ovejas, y vacas, y burros, y camellos, y son de verdad. ¡Y las personas también son de verdad! Están vivas. ¡Y ese bebé adorable! Oh, ya sé que deben de ser sólo actores y que lo hacen para ganarse la vida, pero estoy segura de que son

personas benditas sólo por hacer eso, aunque ellas no lo sepan. Una vez hablé con un San José, lo reconocí en el patio de una de esas preciosas casitas de campo del pueblo. Lo había visto varias veces haciendo de San José, un hombre de aspecto agradable, de unos cincuenta años, bastante guapo de cara, y no sé por qué, San José no me inspira tanto respeto como los otros personajes. A los Reyes Magos nunca me habría atrevido a hablarles. Y la pequeña Virgen María, demasiado angelical para este mundo. Pero San José parece más accesible, así que lo saludé, y él me sonrió y me saludó agitando las manos, como hacen los extranjeros, y me dijo: «¡Felís Nafitat!», igual que los extranjeros. Son todos tan encantadores. Saben comunicarte de verdad el espíritu de la Navidad.

Sulie me dijo que le da mucha pena que a los niños enfermos no se les pueda llevar a Isla Navidad.

—Los pobrecitos, que esperan tantos meses con ansia la llegada de Santa Claus... ¡Si al menos pudieran ver la cabalgata de Santa Claus de Yuleville! Lo hay todas las noches, a las nueve y a las once. Los renos llegan repiqueteando con sus cascos por encima del tejado de la Casa Acogedora, se pueden ver desde Town Square o por circuito cerrado de televisión, y luego Santa se apea del trineo y baja por la chimenea como un muñeco sorpresa pero al revés... ¿Cómo no iba a gustarles verlo? ¡Y la nariz de Rudolph, que se enciende como una bombilla! Pero por lo visto no han sido capaces de encontrar el modo de llevar a los niños allí sin demasiado problema. A pesar de que la agencia ha perfeccionado científicamente la transición de adultos. Mira, yo no estoy dispuesta a ir al primer plano que se presente. ¡Sólo el cielo sabe dónde puedes acabar! Isla Navidad es un destino garantizado. Es una lástima, pero no puedes llevarte a un pobre niño enfermo a pasarlo mal en mitad del ajetreo de un aeropuerto, ni aunque fuera un regalo para cualquiera de ellos —y la tierna Sulie suspira—. No me lo merezco —dice—. ¿Sabes?, a veces pienso que no volveré más. No debería. Es pura avidez. Debería esperar a que la Navidad llegue por sí misma. Pero pasa tanto tiempo de un diciembre a otro...

En el plano de la Corporación Gran Felicidad hay otras islas festivas. La prima Sulie sólo ha visitado la Isla de Pascua. No le gustó mucho, quizá porque se resfrió cuando fue y estuvo todo el tiempo preocupada por su vuelo de Denver a Seattle. Se había arriesgado a cambiar de plano mientras estaba sentada en el avión que permanecía en tierra para su deshielo a causa de la tercera tormenta de nieve.

—No era la época idónea para viajar —dijo.

La cubierta de un boletín muestra una duna de arena coronada por una hilera con los conocidos monolitos de la Isla de Pascua, del océano Pacífico. Parece como si mi prima no los hubiera visto, o no les hubiera hecho caso.

—Supongo que buscaba algo un poco más sagrado —comentó—. Lo que sí me gustó fue aquella exposición de huevos propiedad del emperador ruso. Los rubíes, y el oro, y todo lo demás. Fue algo precioso. Pero no puedes dejar de preguntarte por qué los emperadores necesitan tantos huevos. Los tienen bajo los pies, leí en alguna parte. Parece un poco raro. Supongo que eran comunistas. Pero ¿y los conejos? ¡Cielos!

Conejos por todas partes. Los pisabas. Nunca me han gustado mucho los conejos, sobre todo desde que James intentó criar para venderlos a las carnicerías de los mercados, en Augusta. Fue Fred Ingley quien le dio la idea, pero no encontraron apenas mercados, y luego vino lo del tumor de James, y los conejos cogieron no sé qué enfermedad de conejos y se murieron todos en una semana, como moscas, hasta el último, y yo no tuve otra forma de librarme de todo aquel desbarajuste más que pegándole fuego a todas aquellas conejeras y quemándolas hasta que no quedaron más que las cenizas. Oh, Dios mío. No me gusta recordar aquello... Bueno, hay montones de polluelos por ahí, y son una monada. Y los cestos del mercado del Saltito del Conejo son muy bonitos. Pero yo ya no me podía permitir muchos gastos más. ¡Y hacía un calor! Y yo seguía pensando en la ventisca de Denver. Creo que no estaba del humor adecuado, eso es todo. Demasiados huevos y conejos.

A juzgar por los folletos de propaganda, Navidad, Pascua y el Cuatro de Julio son las islas más desarrolladas y las más populares. El folleto, más bien modesto, de Hollo-Een habla todo él de Diversión Familiar y está claramente destinado a los padres e hijos atrapados en los aeropuertos.

A juzgar por las fotografías, Isla Hollo-Een rebosa calabazas, no sabría decir si naturales o de plástico. Hay un parque de atracciones con montañas rusas, tiovivos, túneles del terror, etcétera. Los nativos que sirven en los bares, en los restaurantes, limpiando habitaciones y demás, van disfrazados de brujas, fantasmas, alienígenas y de Ronald Reagan. Cada noche hay «Broma o Regalo» (caramelos garantizados, sanos y saludables). Mientras a los niños se los llevan para que vayan de casa en casa de Spook-E-Ville, los padres pueden ver alguna de las «Cien Películas de Terror» en la gran pantalla de televisión de su suite en La Casa de los Addams o El Castillo de Frankenstein.

Detecté un ligero matiz de desdén en la voz de mi prima Sulie cuando me dio el folleto, cuyo texto contiene un desordenado número de declaraciones insulsas pero persistentemente tranquilizadoras por parte de ministros protestantes de diferentes confesiones. Todos ellos describen Hollo-Een como una diversión familiar limpia, sana y segura. No hay en ella nada absolutamente que sea «dañino» o «preocupante». Pero estoy segura de que las sensibilizadas narices de los verdaderos creyentes huelen el azufre entre líneas, y que sus penetrantes ojos distinguen, en aquellas arenas alienígenas, la huella de la pezuña de cabra.

El material promocional de la Isla Cuatro de Julio es mucho más profuso y en absoluto mezquino. Desde la repetida representación en directo de la bandera izándose en Iwo Jima hasta los fuegos artificiales de color rojo durante cuatro horas todas las noches, desde la Casa del Filete Permanecemos Unidos junto a la avenida flanqueada por las estatuas de los presidentes, hasta la capilla Bajo el Dios Indivisible, todo es a gran escala, y todas y cada una de sus piezas son de color rojo, blanco, azul, formando barras y estrellas. La Corporación de la Gran Felicidad espera por supuesto recibir gran número de visitas de patriotas. En su página web se muestran imágenes del Museo de

Nuestros Héroes, del Show del Rifle, y de los Jardines de la Victoria Panamericana (salvia, lobelia, íberis), y en ella se puede recitar en cualquier momento el Juramento de Fidelidad de forma interactiva con un coro de cinco mil niños virtuales.

El alojamiento en la Isla Cuatro de Julio va desde el albergue Campestre George Washington, de dos estrellas, hasta el hotel y suites de gran lujo George W. Bush, de seis estrellas (fue una tontería por mi parte esperar que hubiera un motel de mala muerte de alquiler por horas llamado El Último Refugio de los Sinvergüenzas).

En comparación con los grandes edificios que se elevaban sobre las playas de arena blanca, el mar azul, las sombrillas rojas, las imponentes avenidas y las estatuas de mármol de la Isla Cuatro de Julio, la Isla de San Valentín parece acogedora y pasada de moda. Tiene por supuesto forma de corazón, y la Ciudad del Verdadero Amor tiene también la misma forma. Montones de rosa y de blanco, montones de blonda, montones de suites de luna de miel, y de suites de segunda luna de miel, y de suites de luna de miel eterna, en el hotel Bombonera. Allí pueden alquilarse bicicletas tándem. Pueden hacerse fotografías con sonrientes niños nativos vestidos —apenas— como cupidos, que apuntan sus flechas de papel a las sonrientes parejas que posan bajo los enramados de rosas artificiales.

—Bueno, supongo que si estás en el estado de ánimo adecuado, con la persona adecuada, debe de ser bonito —dice mi prima Sulie, hojeando los folletos con cierta condescendencia.

El prospecto de la Isla del Año Nuevo dice: «Todas las comodidades a la última». Aunque sólo parece haber una comodidad: un hotel gigantesco. Tiene catorce salas para banquetes y seis grandes salones de baile, así como un campo de golf en la azotea. La única fotografía de fuera del hotel es de un gran jardín exterior con farolillos chinos colgando. Es evidente que la Isla del Año Nuevo está pensada para visitas breves, para pasar unas horas o una sola noche, para viajeros que no disponen de mucho tiempo y que quieren dedicarlo a la fiesta, al margen del campo de golf, que es el único entretenimiento que se ofrece: «¡La Fiesta de tu Vida!».

En realidad hay una amplia variedad de salas de fiestas donde elegir: un salón de baile exclusivo, con globos y una orquesta que toca valsés; una «Buhardilla Felices Veinte de Greenwich Village», con música de jazz y ginebra de contrabando; un bar al estilo de la serie *Cheers*; un salón hippie años sesenta, etcétera. La indumentaria necesaria adecuada para la ocasión, desde un vestido de baile largo o un traje y corbata negros, hasta una peluca mohicana o un piercing para la nariz y los labios, se puede alquilar. Si se examinan los rostros que aparecen en las fotografías de las fiestas, yo diría que hasta se puede alquilar un acompañante apropiado para la ocasión. Entre las personas que bailan y los sentados a la mesa, entrechocando las copas de champán, se ve un montón de mujeres jóvenes y hermosas y de hombres apuestos y cuarentones. Y todos y todas son esbeltos y están morenos y sonrientes. No tienen aspecto de turistas. Los turistas, sí.

De todo este material promocional saqué la impresión de que una visita al plano de la Corporación de la Gran Felicidad debe de resultar bastante cara, aunque no se incluye lista de precios. Si se llama al teléfono de información o se busca en internet, lo

único de lo que informan es de que el transporte al plano es «totalmente gratis», y aconsejan, entusiastas, que se lleve «una tarjeta de crédito no caducada». Mi prima Sulie me dice que: «no es ni la mitad de malo que ese sitio de Florida de nombre tan gracioso al que Sally Ann insiste en que vayamos. Cielo, esa gente te despelleja».

En la Isla del Año Nuevo, justo antes de medianoche (cosa que creo que sucede cada doce horas, posiblemente cada seis), todo el que aún aguanta en pie se reúne en tropel en el gran jardín, donde un televisor de tres pisos de altura emite la bola cayendo en Times Square. Todo el mundo se coge de la mano a la vez que su copa de champán, con la dificultad habitual, y canta *El vals de las velas*. Hay fuegos artificiales y más champán, y la fiesta continúa. Y continúa, y continúa. Me pregunto cómo lo harán para limpiar las salas de fiesta. Quizá las tengan por duplicado, y mientras se utiliza una, se limpia la otra. Quizá nadie repara en ello. Me pregunto cómo conseguirán llegar, borrachos, a tiempo a su aeropuerto de origen, y si no lo consiguen, ¿denunciarán a los organizadores? No es que sirva de nada denunciar a una corporación. Me pregunto qué les darán a fumar a la gente que va al salón hippie años sesenta, y qué a los de la fiesta punk underground, y cómo los llevan de vuelta a donde empezaron.

En cualquier caso, allí donde siempre es Nochevieja, nunca es Año Nuevo. No es necesario tomar decisiones. Ni siquiera hay que mandar a los participantes de vuelta a casa, mientras sigan queriendo disfrutar de la fiesta, hasta que la cuenta atrás comienza de nuevo y la bola vuelve a caer en Times Square y los fuegos artificiales se acaban y todos cantan una vez más *El vals de las velas* y beben otro poco de champán. Mi imaginación se niega a ir más allá. No me proporcionará nuevas posibilidades con respecto a la vida en la Isla del Año Nuevo. Lo que me dice es que esas nuevas posibilidades no existen.

Mi prima Sulie y yo no siempre estamos de acuerdo en todo, pero en este caso sí.

—No pienso ir a esa isla llena de fiestas —dice—. Siempre he aborrecido la Nochevieja.

Vi que una de las ofertas de entretenimiento de la empresa era un Año Nuevo Chino, en concreto el Desfile del Dragón de San Francisco. Los nativos de la foto resultan mucho más convincentes como sino-americanos que como cupidos, o gnomos, o soldados de la Revolución cruzando el Delaware. Ello me llevó a preguntarme si habría alguna isla no americana en el plano de la Corporación de la Gran Felicidad. Sulie no estaba muy segura.

—Hay montones de islas —dijo—. Puede que algunas sean extranjeras.

Con ésta y algunas otras preguntas en mente, llamé a mi amiga Sita Dulip. Para mi sorpresa, ni siquiera había oído hablar del plano. Le expliqué lo que pude sobre él y le envié toda la literatura que tenía.

Al cabo de una o dos semanas me devolvió la llamada. Había intentado ponerse en contacto con la Corporación de la Gran Felicidad, pero se había encontrado con las dificultades que cabía esperar al intentar ir más allá del teléfono de información. No obstante Sita es una persona concienzuda y persistente, y al final con sus suaves maneras logró abrirse paso hasta un miembro de Relaciones Públicas, que le envió un paquete de prospectos y publicidad, en su mayor parte los mismos que Sulie había

recopilado, y también una lista de informes sobre Proyectos de Islas, elaborados por los departamentos de Relaciones Públicas y de Desarrollo y que al parecer estaban siendo estudiados por las personas que toman las decisiones en el seno de la corporación. Figuraban entre otros:

Isla Cinco de Mayo (proyecto completamente desarrollado que era evidente que estaba a punto de ponerse en práctica).

¡Relájate Todas las Noches! (la falta de información detallada indicaba que el proyecto había sido archivado).

¡Kwanzaa! Isla africana (con un somero esbozo de las instalaciones y de «entretenimientos de participación», y anotaciones de aprobación de los superiores, tales como «Bien, adelante»).

Experimentación Perpetua (sin apenas detalles).

Holi Holi Holi (un largo y entusiasta informe, en el que se describían todas las posibilidades de agua de colores, polvos de colores y danzas hindúes clásicas, firmado por R. Chandranathan, que no parece haber sido estimulado desde arriba).

Sita continúa investigando acerca de la Corporación de la Gran Felicidad y su plano.

Después de haber escrito hasta aquí, decidí dejar la cuestión en suspenso hasta haber hablado de nuevo con Sita. Hace casi un año me llamó y quedamos para vernos.

Poco después de nuestro encuentro, Sita decidió dar a conocer a la agencia Interplanar las operaciones de la Corporación de la Gran Felicidad en El Plano Festivo™, que resultó que la agencia conocía ya desde hacía siglos. En su estado original, aparece descrito y reseñado en la *Enciclopedia Planaria* con el nombre de Musu Sum.

La agencia, como puede imaginarse, no da abasto en la tarea de registrar e investigar los planos recientemente descubiertos, instalando e inspeccionando puntos de transferencia, hoteles e instalaciones turísticas, regulando las relaciones interplanares, y mil responsabilidades más de esta índole. Pero cuando en la agencia se enteraron de que se había anulado la libre entrada y salida de un plano, y que se había convertido en una especie de prisión para sus habitantes en beneficio de los operadores, actuaron de inmediato, con decisión.

Desconozco cuál es la forma en que la agencia ejerce su autoridad, o incluso en qué se apoya dicha autoridad, o de qué instrumentos de persuasión se puede valer; pero lo cierto es que la Corporación de la Gran Felicidad ya no existe. Ha desaparecido tan misteriosamente como nació, sin historia ni rostro, sin la menor explicación por parte de nadie.

Sita me envió la nueva literatura acerca de Musu Sum. Los recursos de la isla son administrados en la actualidad por los propios isleños, como una aventura conjunta, supervisados durante el primer año por consejeros expertos de la agencia.

Es en cierto modo lógico, puesto que la modesta economía de subsistencia de la región quedó destruida por completo por la Corporación de la Gran Felicidad y no puede recuperarse de la noche a la mañana, mientras que todos los hoteles, restaurantes y atracciones siguen en pie, y las personas a las que se instruyó para que sirvieran y entretuvieran a los turistas pueden aprovechar y beneficiarse de su instrucción. Por otra parte, no deja de ser un poco pasmoso. Sobre todo la Isla Cuatro de Julio. ¿Un gran monumento orgiástico al nacionalismo sentimental norteamericano gestionado enteramente por personas que no saben nada de Estados Unidos salvo que fueron ellas mismas utilizadas implacablemente por norteamericanos durante años? Bueno, supongo que no es del todo improbable, incluso en este plano. La explotación puede tener un doble sesgo.

He conocido a un nativo de Musu Sum, uno de los primeros en sacar provecho de la recientemente recuperada por ellos libertad para viajar; Sita le pidió que viniera a verme. Me agradeció con gran amabilidad el haber tomado parte en la liberación de su pueblo. Que la parte que yo tomé fuese totalmente tangencial y accidental no pareció importarle mucho a Esmo So Mu. Me trajo «como obsequio de agradecimiento de mi gente» una pequeña bola de mimbre, un juguete de niño de manufactura más bien tosca.

—No sabemos hacer cosas tan bonitas como los americanos —dijo a modo de disculpa, pero creo que se dio cuenta de que el regalo me había conmovido.

Su inglés era muy fluido. De niño había trabajado como gnomo de Santa Claus, y más adelante fue trasladado a la Isla del Año Nuevo para trabajar como camarero y gigoló a tiempo parcial.

—No era tan malo —dijo, pero luego se corrigió—: Bueno, sí era malo —y aún añadió, mientras su expresivo rostro de huesudas mejillas se contraía por la risa—: Pero no muy, muy malo. Sólo la comida era muy, muy mala.

Esmo So Mu me describió su mundo: centenares de islas, muchas de ellas pobladas tan sólo por una o dos familias, diseminadas por todo el océano «para siempre». La gente viajaba de isla en isla en catamaranes.

—Todo el mundo se pasa el tiempo visitándose los unos a los otros —dijo.

La Corporación de la Gran Felicidad había concentrado la población en un archipiélago y había prohibido entrar o salir en barco de la zona.

—Quemaban los barcos —dijo Esmo So Mu lacónicamente; él había nacido en una isla al sur de las Islas Festivas, y ahora había vuelto a ella para quedarse—. Mucho dinero si me quedaba a trabajar en el hotel —dijo—, pero no me importa el dinero —le pedí que me hablara de su hogar—. Oh —dijo, y rió de nuevo—. ¿Sabe una cosa? ¡En mi isla no hay días festivos! ¡Porque somos muy holgazanes! Trabajamos una hora, dos horas, en los huertos, y luego ya no trabajamos más. Jugamos, jugamos con los niños. Salimos a navegar. Y a pescar. Nadamos. Dormimos. Cocinamos. Comemos. Dormimos. ¿Para qué queremos días de fiesta?

Pero mi prima Sulie se sintió desilusionada de que hubiera cambiado la administración del plano.

—No creo que vuelva este mes de agosto —me dijo con cierta tristeza cuando la llamé para felicitarla por su cumpleaños—. No parecerá Navidad si han cambiado de nacionalidad, ¿no crees?